





Perfume de ayer

(Memorias apócrifas de una familia asturiana)

Emilio Capitel

Reservados todos los derechos. Queda explícitamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin el consentimiento expreso del titular del copyright. (Inscrito en el registro de la propiedad intelectual. Solicitud: 152 /2018.

1ª edición-Oviedo-2018

© Texto: Emilio González-Capitel Martínez
Diseño cubiertas: El autor. (Sobre fotografía familiar).

Gestión editorial e impresión: HiFer A.G.- www.hifer.com
www.elsastredeloslibros.es

ISBN: 978-84-17130-54-1
D.L.: AS - 01584 - 2018

“La mi princesa será reina. Malhaya el hombre que no labra una corona de oro para su amor. Abájanse los montes para que pasen los pies del amor; y la luz del sol grita como una trompeta: Aleluya. La mi princesa será reina.”

(Xuanín en el “Ombligo del Mundo”, de Ramón Pérez de Ayala)



I

Los genes que me harían brotar en este mundo casi cuarenta años después, se habían mezclado con otros hacía tiempo, después de muchas generaciones, allí, en Pasos, capital del concejo y cabeza de partido judicial de un conjunto heterogéneo de valles umbrosos y casi siempre verdes.

Pasos, que se había convertido en ciudad por Decreto Real hacia algo menos de 11 años, era ya por entonces el foso humano del que había surgido gran parte de mi familia, concretamente toda la paterna y sólo la mitad de la de mi madre, combinando algunas rarezas personales de aquélla y una temible memoria de ésta, lo que nos marcaría a todos los descendientes de aquellas dos estirpes como con un hierro candente.

Los amaneceres de Pasos dicen que eran siempre fríos por entonces, pero amables, con la luz difuminada por las montañas que rodean el valle principal, habitado por paisajes hermosos o sorprendentes, o duros y fieros, como precipicios.

En la mayoría de sus mañanas de invierno y primavera el ámbito del valle amanecía con niebla las más de las veces, densa y blanca, como una tenue marea invasora, que solía retirarse a mediodía para dar paso a un tímido sol, o a nubes a veces interminables, que acababan en una lluvia fina y penetrante, o persistían allí como una amenaza hasta el alba siguiente.

Era una ciudad incrustada en un valle, a su vez bifurcado por las cuencas de los dos ríos que se unían allí para escapar rápidamente hacia el mar, convertidos ya sólo en uno, en un viaje de poca distancia. Pese a ello, Pasos carecía casi por completo de una relación armoniosa con la costa y el mar, pero si la tenía sin embargo de lejanía y misterio, como si se tratara de un universo distante. Permanecía allí, en su lugar, inmóvil, sobreviviendo al paso de los años con una calma inmortal, casi incongruente, de inmutabilidad o pereza.

Los montes que definían su contorno estaban entonces poblados de bosques frondosos, y aunque no eran elevados, configuraban un gran espacio abierto, con salidas hacia el norte, sur y este, conformadas por los cauces estrechos y rápidos de los dos ríos en sus cursos más altos, los dos fundidos ya en uno sólo en su huida hacia el norte. El concejo se extendía desde el

nacimiento de ambos, y a lo largo de sus cauces, hasta casi las lindes con el mar. En sus extremos más alejados de la costa, de donde surgían y surgen, se erguían cumbres entre tinieblas: asombrosas, escarpadas, feroces y bellas, pero también inclementes, por su lejanía, su crudeza e impiedad. Los pueblos que habían habitado aquellas montañas desde tiempos irreconocibles las habían considerado eternamente fuente de mitos o las habían imbuido de un carácter sagrado.

Aunque la ciudad se situaba en el centro de un valle que era de extensión reducida, con una población que ni siquiera alcanzaba los tres mil habitantes, el resto del concejo, que aportaba una población similar, estaba conformado por los pueblos y aldeas que se desperdigaban por los montes y valles más alejados y se remataba con una orografía tortuosa y levemente demencial, laberíntica, de montes enigmáticos y sobresalientes, solemnes y duros, difíciles de caminar las más de las veces.

Pasos estaba configurada por sólo esos dos ejes de agua, perpendiculares entre sí, uno que cursaba de sur a norte y otro de este a oeste, tributario del primero.

El barrio antiguo estaba en la parte más alta, como núcleo defensivo que había sido en tiempos remotos y ya casi no tenía vecinos, aunque quedaban antiguas casas que se arremolinaban alrededor de una capilla y una iglesia. Ésta era sobria, austera, rectilínea, de piedra, probablemente con no mucho más de un siglo o siglo y medio y en cuya torre del campanario siempre había habido un reloj parado a las cinco en punto. Nunca nadie se propuso arreglar aquel reloj, dejándolo para siempre a la misma hora: las cinco en punto de la tarde. De la tarde, no de la mañana, según aseguraba un vecino que dijo haberlo visto pararse una tarde de mayo de hacía más de una década.

La mayor parte de los vecinos de Pasos vivían en la parte baja de la ciudad y, esencialmente en el ámbito de uno de sus ríos, el afluente, conformando un núcleo más antiguo de viejas casas y calles estrechas, alrededor de la calle del mercado. Cercanos a ésta y a lo largo del tiempo, se habían ido construyendo edificios más modernos que se dispersaban por calles más amplias y sustituían a los arrabales de los extremos.

Aquel año, después de una oscura y lluviosa primavera, los ríos arrastraban grandes corrientes de agua de color verde esmeralda, casi como gemas

líquidas. Los días eran despejados y cálidos, con noches cortas, entreveradas de nubes y estrellas.

Tradicionalmente Pasos había sido pueblo de descanso y diversión, de Casino y julepe, de tute y brisca, de timbas y fulanas, aunque pocas, de fincas mal vendidas o negocios perdidos en el juego, de fortunas y ruinas sobrevenidas. Su población había participado con cierta intensidad en hacer las Américas, esencialmente en Cuba, sobremanera en La Habana y algo menos en Méjico y Argentina.

A lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y hasta bien entradas las dos primeras del XX, algunos cuantos consiguieron volver de América con algún capital, otros bien provistos, y de todos ellos sólo algunos, contados, profesaban de indianos, es decir, sufragaban gastos para la comunidad en proporción conveniente a sus negocios, la mayoría de los cuales aún se mantenía en La Habana y en Santiago de Cuba.

Algunos hubo que hacían ostentación manifiesta, pero los más buscaban beneficiar a su pueblo, honrada y generosamente. Sobre todo porque se sentían deudores de su propia tierra, que les había provocado nostalgia durante años, dolor por la lejanía, y a la que querían corresponder ahora por la oportunidad que les había ofrecido de poder abandonarla primero, haber salido de la miseria después, al otro lado del océano, y haber conseguido volver a ella, por último y final probable de su vida.

Había también en Pasos una tímida clase acomodada, formada sobre todo por propietarios de comercios y alguna pequeña industria familiar, que vivían de surtir las necesidades de la gente de Pasos y de las aldeas del concejo, la mayoría campesinos, ganaderos y agricultores y que sólo bajaban a la capital los domingos, por el mercado del concejo, a vender sus productos.

De aquella clase de comerciantes y de las propias aldeas, había salido la mayoría de los emigrantes. Y de entre todos ellos, los más numerosos serían los que desgraciadamente no harían fortuna y, probablemente, nunca podrían volver por mucho que desearan hacerlo: porque en la ruina o en la indigencia no se podía volver. O no se quería volver, por una dignidad mal entendida.

Pero al mismo tiempo había también una pequeña clase obrera, casi mínima pero bien considerada en general, porque Pasos parecía formar parte de un mundo ingrátido, tenue, como de gasas o de niebla, en el que no se había

expresado casi nunca la lucha obrera, pese a los tiempos que corrían. Sólo los mineros, unos pocos porque la minería era casi testimonial, se habían manifestado cuando creyeron que lo requería la situación ante las casas de los ingenieros de una conocida compañía inglesa que explotaba la mina de Roblenegro.

Pese a todo ello, es decir, pese a la idiosincrasia de sus vecinos y al aislamiento histórico que siempre parecían haber observado, no eran ajenos a la situación política que se vivía en Europa y parecían más interesados en los avatares del continente que en los de su propio barrio, lo que los hacía muy interesantes a los ojos de alguno de los ingenieros ingleses de la mina, según un comentario que había trascendido en El Casino.

Los acontecimientos de Rusia habían impresionado hondamente a los vecinos el año anterior, especialmente por la movilización de la guarnición de Petrogrado que había ordenado el Zar, que la prensa europea y nacional transmitía casi simultáneamente, y por las revueltas que la siguieron de los levantados en armas. Cuando el Zar ordenó disolver la Duma, todos los regimientos de Petrogrado se habían unido a los rebeldes y provocaron su abdicación a finales del invierno de 1917.

Entonces, menos de un año después, por el contrario, la opinión de los clientes de El Casino sobrevolaba por encima de la Gran Guerra con la dulce indiferencia que procura la lejanía: los acontecimientos bélicos eran seguidos con el somero interés de una sociedad provinciana, aunque se discutía de estrategias y avances, de ganancias y pérdidas humanas y territorio. Los más informados, releían una y otra vez las noticias de la prensa y comentaban la última ofensiva alemana en Flandes o recordaban la fallida toma de París. Para la opinión pública, ingleses, franceses y norteamericanos parecían en aquel momento los dueños de la situación pese a la relativa escasez de noticias que se tenía.

A Rusia la consideraban ya casi ajena a la guerra, bamboleante entre las revueltas, las elecciones de los soviets del año anterior y la propia guerra civil iniciada ese mismo año.

Entre aquellas tempestades de guerras, zares, familias reales, imperios y revoluciones, se supo por aquellos días que el Rey Alfonso XIII visitaría próximamente Pasos, y aunque aquello había producido un gran revuelo en general, no se entendía muy bien cuál era el motivo de la visita.

Todo el mundo alababa la neutralidad del país ante la gran guerra, pese a que todos sabían también los parentescos que unían al Rey, por su madre, con los imperios centrales y el propio Zar, y por la Reina Victoria Eugenia con la corona británica. Algunos de los lectores habituales de prensa de El Casino creían que ese equilibrio de parentesco bilateral explicaba en gran parte la neutralidad nacional, pero había partidarios de los dos bandos y se hablaba de sabotajes y apoyos a uno y a otro en las propias costas de la provincia, tan cercanas de Pasos en lo físico como alejadas en su vinculación social.

Sobre la visita del Rey había diferentes opiniones en circulación. Entre ellas la que parecía mejor fundada la traían los vientos de la capital, que mantenía que venía a inaugurar un monte. Y esa información causó en El Casino cierta estupefacción. *¿Cómo es posible que nadie venga a inaugurar un monte?* Se repetía desde la barra hacia las mesas, entre caras de asombro de la mayoría y alguna sonrisa burlona. *Los montes no se inauguran, están ahí o no están. Son o no son. Existen o no existen, como Dios. Pero nunca se inauguraron.*

Contrariamente a Pasos, el país, oficialmente neutral en la gran guerra, pero ferozmente dividido entre los dos bandos a título individual, vivía entonces momentos de bonanza económica, dadas las necesidades de las potencias europeas de dotarse de materias primas, que obtenían mediante importación de los países neutrales.

Pasos, y la comarca entera, no tenían industrias de peso o materias y bienes exportables, a excepción de unas pequeñas minas de manganeso y mercurio, por lo que se mantenían en una expectante indiferencia económica, de modo que aquello que sucedía en el resto de Europa era una aventura guerrera de los dos bandos, con cada uno de los cuales algunos se identificaban hasta incluso intensamente.

Efectivamente, en julio de aquel año, el Rey vino, acompañado de la Reina y de una cohorte de ministros, militares, diputados y autoridades nacionales y provinciales. Traían algunos automóviles descapotables con escolta de la guardia real y su llegada levantó la curiosidad de todos los vecinos de Pasos y hasta de toda la provincia, que se agolpaban en pequeñas multitudes a lo largo de los recorridos reales.

También fue cierto que, sorpresivamente, venían a inaugurar un monte. Más bien un grupo de ellos, que se constituirían en lo que entonces dio en

llamarse un parque, el Parque Nacional del Monte Auseva, algo que, según los entendidos, parecía haber sido inspirado en algún caso similar que ya existía en los Estados Unidos de América.

Todo aquello levantó también un pequeño alboroto en El Casino.

-Nada bueno puede venir de esos americanos...

-¡Pero si no hace ni veinte años del desastre de Cuba y Filipinas!

-¡Que lo provocaron ellos y nadie más!

-Hombre: si anda por medio la corona, bien hecho estará...

-No, no, ni hablar. Yo no sé qué simpleza sea eso de inaugurar un parque en medio de un monte, pero no me parece muy sensato.

-¿Y qué es eso de un parque nacional? ¿Es que esos montes van a ser de la nación entera en vez de nuestros, del concejo?

-Un desastre, seguro.

Aquel verano fue el mismo verano en que Paz Cuenco fue abandonada a las puertas del matrimonio por su novio, Amador, que huyó inesperadamente a América, según llegaron a averiguar semanas después sus propios amigos, tras seguir las huellas de sus últimos días en Pasos y por el resto de Asturias.

Había tomado primero el tren hacia Oviedo y desde allí había viajado hasta Gijón, a embarcar en un vapor de gran eslora, una novedad que había ganado recientemente la batalla naval a los veleros, aquellos que hasta hacía poco, y aún entonces, seguían atravesando el Atlántico con la sombra tétrica de los pasados naufragios abatida sobre sus velas.

Aún así ninguno de sus conocidos entendía muy bien cómo se las había arreglado Amador para que les pasara inadvertido a todos el papeleo que necesariamente debía haber resuelto para hacerse con un pasaje en vapor hacia América.

-Pero si les piden un pliego de papeles –decía uno de sus amigos a un grupo de conocidos, en El Casino y contaba con los dedos de la mano izquierda-: pasaporte, cédula de vecindad, reconocimiento médico, fianza de no tener cuentas pendientes con la justicia, contrato de embarque entre el emigrante y el armador... ¿Cómo pudo hacerse con todo eso sin que nos enterásemos?

-Eso lo resuelven los *ganchos*–intervino acodado en la barra uno de los camareros-.

-¿Qué es eso de los *ganchos*?

-Pues eso: un gancho. Un gancho es un paisano que hace la propaganda del vapor que le dicen y después arregla todo el papeleo desde una oficina en el puerto. Y luego te vende el pasaje. Los contratan los armadores. Y cobran, claro, faltaría más: al que venden el pasaje y después al armador una comisión.

Paz Cuenco nunca se hubiera podido ni imaginar aquel abandono. Confiaba en Amador. Se habían querido desde que se conocieron: había sido un amor a primera vista, inapelable, rotundo, que Paz siempre creyó eterno. No podía explicarse aquella huida. No tenía sentido con el carácter templado de Amador, con su bonhomía, con su amable trato, ni con el amor que la había jurado para siempre. Amador trabajaba de tenedor de libros en varios comercios y llevaba también los libros de El Casino. Carecía de ambiciones inalcanzables y parecía disfrutar de su vida y de aquel noviazgo tan dulce. Ya habían cerrado el día de la boda y hasta el banquete, en El Casino, y estaban las amonestaciones hechas en la parroquia.

¿Cómo es posible que me dejes así?, se angustiaba Paz. ¿Qué te han hecho o qué te hice yo para que me dejes? ¿Sin un adiós, sin una explicación, sin una sola palabra? ¿Qué hago yo ahora? ¿Cómo lo explico? ¿Qué soledad me queda?

Paz era la menor de siete hermanos, hijos de Valentín Cuenco y su mujer, Rosa Blanco. Los cuatro hermanos mayores, tres varones, Manuel, Jesús y Bernabé y una hembra, América, habían nacido en La Habana, a donde sus padres habían emigrado, después de casados, hacia 1860, impulsados por la falta de futuro que se adivinaba por entonces en Asturias.

Tras casi veinticinco años en La Habana regresarían a Pasos siendo Cuba todavía colonia, y después de que Valentín se dejara parte de la juventud, o, mejor, de la vida, que entonces la vida era muy corta, trabajando en la administración de cultivos y almacenes de tabaco de unos parientes, de los que terminaría siendo socio.

Aquellos años iniciales en Cuba fueron difíciles para el matrimonio. Rosa sacando adelante a sus hijos con medios muy limitados, por mucho que hubiera parientes cercanos en la isla. Valentín partiéndose los lomos al principio, aunque ascendiendo a duras penas con trabajo y esfuerzo, lo que le fue siendo

reconocido poco a poco y le permitió alcanzar finalmente una elevada posición en la sociedad tabaquera, que tenía plantaciones y almacenes.

Aquello alivió considerablemente la posición familiar en el entramado social de La Habana. Y sus últimos años allí, antes de regresar a Pasos, fueron de cierta holgura económica y les permitió volver en una cómoda posición material.

Y con aquel capital se fundó en Pasos "*La Parisiér*", una tienda de moda y tejidos, que acabaría siendo también la primera casa de banca de Pasos. Situada en los locales de un edificio de nueva planta que se construyó también con el capital procedente de Cuba, aquella tienda permitió a sus padres resolver el final de sus vidas.

Y con ella esperaban también resolver el futuro de sus hijas, porque los hijos varones, que volvieron de Cuba con toda la familia, al cabo de poco tiempo decidieron volver a embarcar y nunca regresaron. Sólo tuvieron cartas de ellos los primeros años. Pero llegado un momento, se cortó la comunicación con los que regresaron y no volvieron jamás a tener noticias de ninguno de ellos. Lo que afectó a su madre a lo largo del resto de su vida, y la dejó en el rostro, para siempre, los visajes de amargura de una herida abierta.

A Valentín casi no le dio tiempo a nada al regresar a Pasos y tampoco pudo conocer la pérdida de Cuba para la metrópoli española: murió el 23 de marzo de 1898. Ni siquiera pudo llegar a saber nada del hundimiento del Maine porque llevaba más de dos meses en estado de semiinconsciencia. Ni tampoco de los Acuerdos de París de diciembre de aquel año.

Había sufrido mucho en La Habana y había terminado venciendo allí. Por eso acabó amando intensamente a la isla de Cuba, a La Habana y a sus vecinos, hasta que tuvieron que decidir abandonarla, hacia 1895, con América, nacida allí y recién llegada a la adolescencia.

En su delirio final en Pasos, soñaba con La Habana Vieja y el Malecón, con el almacén de Partagás, con los tabacales de la isla que había conocido, con los Mogotes, con Pinar del Río, con Santiago de Cuba y Guanabacoa. Y evocaba el mar Caribe, que confundía en sus pesadillas con el dulce olor de la guayaba.

Aún hoy puede leerse en la lápida de su nicho, de mármol de color rojo, en el segundo piso del cementerio de Pasos, el epitafio que redactó su

mujer, Rosa, con dos criaturas en brazos, en la trastienda de La Parisi n, entre sollozos y llanto:

R. I. P.

VALENTÍN CUENCO BLANCO

FALLECIÓ EL 23 DE MARZO DE 1898

SU ESPOSA E HIJOS EN SU MEMORIA Y EN RECUERDO DE SU ESFUERZO Y
AFECTO POR LA HABANA Y CUBA

Marina y Evelia, contrariamente a sus hermanos varones y a su hermana mayor, ya habían nacido en Pasos. Paz, que nació hija póstuma de Valentín, era menuda y discreta, casi como una muñeca de porcelana, de tez pálida y rasgos de niña. Guapa, pero no hermosa, vestía con trajes pulcros, de colores suaves, y caminaba con pasos cortos y rápido. Tenía costumbres domésticas y reía siempre, aunque no hubiera motivo.

Hasta aquella mañana, cuando Herminia vino de misa de ocho con el cuento que contaron de que Amador había huido, que viajaba en un vapor hacia América, probablemente con una mano delante y otra detrás.

Para Paz se acabarían entonces todas las sonrisas. Un rumor amargo, profundo, de las mismas entrañas, se le asom a desde entonces al rostro con un tenue gesto de tristeza. Se resistió a creer que fuera cierto mientras acariciaba con nerviosismo, tembl ndole las manos, el traje de novia, a medio hacer, todavía hilvanado, que vestía una maniqu , descabezada, en su propia habitación. Acariciaba aquella tela de sat n con los dedos, aún impávidos, ajenos, cuando su madre le confirmó, suavemente, dulcemente, que no se tenían noticias de Amador desde la noche pasada y que en la habitación de la pensión no quedaba rastro de él.

Paz se calz  los blancos zapatos de novia con impaciencia e iba a probarse el traje hilvanado, de color blanco, sencillo, con pocos encajes, cuando rompió a llorar desconsoladamente, abrazándose a su madre en busca de consuelo o de calma.

Desde aquella mañana de julio, pulcra y limpia, de cielo cálido, Paz comenzó a imaginar una vida de soledad y abandono, de tristeza y calma insoportable. Comenzó a asumir su abandono, comenzó a imaginarse una vida de soledad y de vergüenza, humillada, rechazada. Tenía miedo del futuro y no

pudo tener consuelo de nadie, ni siquiera lo admitió.

Apática desde hacía días, no salía de casa ni para acompañar a su madre. No bajaba tampoco a la tienda ni hablaba con sus hermanas, que la miraban con compasión y no se atrevían a mencionarle el asunto. Parecían temerla, como si pudiesen provocar el despertar de un monstruo dormido, o una fiera. Sólo con la llegada de los Reyes se permitieron proponerle salir a la calle.

-¡Paz, vamos al Ayuntamiento que vienen el Rey y la Reina! ¡Vamos que si tardamos igual ni los vemos, corre, venga!

Salieron así las cuatro, emparejadas, de dos en dos, entre una concurrencia que ya se agolpaba al doblar la esquina. Paz callaba, como inquieta o aturrida. Las otras tres parecían nerviosas, sonrientes. Y aligeraban el paso tirando de su hermana.

Frente al Ayuntamiento había una verdadera multitud para las dimensiones de aquella avenida. La calle, de tierra apisonada, por donde discurría también la vía del tren de vapor, llevaba hasta la estación, inmediata al Ayuntamiento, y pasaba frente a su fachada principal, que lucía engalanada con una gran bandera y con coronas y guirnaldas de laurel colgadas en balcones y ventanas.

Al fondo, cerca del puente sobre el río, detrás del cual la carretera trazaba una curva para salir de Pasos al otro lado del cauce, se adivinaban ya movimientos agitados de la gente.

Al poco tiempo asomaba la locomotora entre grandes vaharadas de vapor. Se veía correr a los niños a los lados de la máquina, agitando los brazos, volviendo atrás y adelante. Los grupos que se habían apostado en ambas cunetas saludaban con los brazos abiertos y agitaban pañuelos. Algunos corrían también en paralelo al paso lento del tren y otros, mayores, saludaban al vagón real agachando la cabeza, protocolarios y ceremoniosos, casi solemnes.

El tren se detuvo ante la escalinata del Ayuntamiento, y al pararse dejó oír un pitido agudo y largo, casi impertinente, entre vapores intensos que le surgían como de las entrañas. De la puerta trasera del vagón real salieron, apresurados, varios personajes dulcoradamente vestidos que se tocaban con altos sombreros de copa y se dirigieron apresuradamente a abrir la puerta delantera del vagón, de la que salió primero Alfonso XIII, vestido con terno beige y un sombrero en la mano, con el que saludaba sonriente. Luego dio la otra

mano a la reina, que bajó del vagón seria y serena, con majestad victoriana. Llevaba un gran sombrero de ala ancha y velos de color pálido, a juego con un vestido largo y de tela liviana, que recogió suavemente con la mano izquierda, mientras daba su derecha al Rey. El alcalde y las autoridades los saludaron con mucho protocolo, inclinaciones y algo de agitación antes de subir la escalinata de acceso.

Al pie de la arcada principal de la fachada del Ayuntamiento, los reyes se volvieron sonrientes y saludaron: tímidamente ella, larga y jovialmente él, con una sonrisa amplia y los brazos abiertos hacia el cielo, mientras los presentes aplaudían sonriendo.

En el edificio se realizaba un pleno extraordinario de la corporación, en el que se dio lectura ante los reyes, por el ministro de Gracia y Justicia, a un Real Decreto que había concedido en 1907 el título de Ciudad a Pasos, y a su Ayuntamiento la dignidad de Excelentísimo, por haber sido aquel lugar origen de la monarquía, hacía aproximadamente 1.200 años según los historiadores del pasado nacional.

Después del pleno el propio Rey descubrió una placa de piedra tallada en los soportales del Ayuntamiento, que recogía el texto exacto del Real Decreto de concesión de ambas dignidades. Y todo entre aplausos y vítores de los asistentes, que daban vivas a cada poco.

Cuando salieron del acto las autoridades, América, Marina, Evelia y Paz, las cuatro hermanas Cuenco, ocupaban casi la primera línea a los pies de la escalinata, entre amigas y vecinos. Todas las caras sonreían absortas en el alboroto aquel, menos Paz, como aturdida, perdida en su desolación particular, bamboleante entre empujones.

Alguien inició un nuevo aplauso, que se convirtió en una ovación sonada, pero acallada casi en el acto por el silbato agudo del tren, que seguía allí a la espera de la regia carga.

Al bajar los reyes la escalinata del Ayuntamiento, iban seguidos de una abigarrada corporación, exultante, apretada, colorada, sonriente, y saludaban a algunos presentes dirigiéndoles unas sonrisas o unas pocas palabras. A la altura de las cuatro hermanas, el Rey se detuvo mirando fijamente a Evelia.

-¡Dios mío –dijo en voz alta, sonriendo- esta mujer es una verdadera

belleza!

Evelia, aunque ya había bajado la mirada, al oír aquello se sofocó en un profundo rubor, como si aquel comentario escondiera casi una ofensa. Notó como una oleada de calor le subía del cuerpo hacia la frente y el rostro y se deshizo del brazo de sus hermanas escabulléndose entre trompicones de la gente.

Se sentía abochornada por aquel piropo, encendida como una lámpara de gas. Y se perdió por las calles de Pasos sin saber muy bien a dónde iba. Sola, huyendo de la gente, alejándose del ruido y de los corrillos que se formaban. Poco a poco se fue tranquilizando y admitiendo aquello como lo que era: sólo una frase. Más o menos afortunada, pero al fin, el piropo de un Rey. Sólo eso.

¿Sólo eso?: nada más, pensaba. Pero algo fuera de lugar, sobre todo por haberse dicho en público, en el umbral del Ayuntamiento, oído por todos, incluida la Reina y sin que tuviera mucho sentido. Y a una mujer casada. Y con una hija de un año. Claro que él eso no lo sabe. No puede saberlo, pero precisamente por eso tampoco debería haber dicho lo que dijo.

Evelia era, efectivamente, de una gran belleza. Tenía la tez morena, el pelo castaño y los ojos negros y profundos, como escrutadores, capaces de dominar su propio ámbito con serenidad. Era también de una elegancia sencilla, sin sobrecarga ni excesos. Vestía discretamente, dejando entrever un cuerpo esbelto y bien formado, escondido bajo la ropa, pero presente allí donde casi todo se intuía con un cierto deje de indefensión y de belleza difusa, como de una candidez provocadora.

Se había casado hacía escasamente dos veranos, con tan sólo 19 años, y había alumbrado una niña, Velina, como ya la llamaban todos. Su marido procedía de Soria, aunque estaba afincado en Madrid, donde seguía viviendo, porque sólo se desplazaba a Pasos por temporadas.

Evelia había permanecido en Pasos desde que dio a luz a Velina, en la casa materna, y así sería hasta el próximo otoño, según tenían previsto, en que dejarían Pasos para residir en Madrid. En la misma casa que había sido de soltero de su marido, y que sería desde entonces la casa familiar, en la calle Príncipe de Vergara, a las afueras de Madrid, más allá de la Puerta de Alcalá.

II

Cuando Amador subía a bordo del *Borinquén*, a través de la pasarela de tablas que conducía a una de sus cubiertas, le produjo vértigo la sola visión del agua negra del puerto entre los tablones del suelo y las gruesas cuerdas que hacían las veces de pasamanos. Su cerebro le sugería dar la vuelta y bajarse de aquel extraño porvenir antes que comenzase, pero sus pasos, trémulos, eran empujados por el resto del pasaje, que le seguía hacia la cubierta como una masa con voluntad inapelable.

Hasta entonces y hacía años, el viaje se realizaba en pequeños veleros que acercaban a los emigrantes desde puertos locales hasta el principal, con lo que ello conllevaba de riesgo en la navegación y de espera en los puertos de embarque por los vientos favorables, necesarios para partir. Y del puerto principal partía el velero transoceánico que los llevaría al Caribe, entre una bruma hacia lo desconocido y un sincero temor al naufragio.

El *Borinquén*, sin embargo, era un buque de vapor de más de cien metros de eslora, que hacía la ruta transoceánica del Cantábrico hasta Santiago de Cuba y La Habana, con escala en las Canarias desde el año 1915, cuando comenzaron a desaparecer las dificultades derivadas de la guerra europea. Al final de ésta, en 1918, la emigración española a Cuba alcanzaba sus cotas más altas y en Asturias, se calculaba entonces que emigraba uno de cada cinco varones de la provincia.

Amador nunca había querido emigrar, no lo necesitaba. No había hecho el servicio militar porque había conseguido una redención en metálico, con lo que se había ahorrado entre 3 y 7 años de su vida sirviendo. No estaba apurado económicamente, porque tenía trabajo desahogado y, además, tenía la intención de casarse con Paz, su amor desde que llegó a Pasos.

Pero se veía obligado a ello, era inevitable. Una pifia, un error imperdonable le empujaba lejos; lo más lejos posible. Lo más lejos y lo menos infamante, para desquitarse algún día de aquel abandono que casi no le dejaba ni descansar.

Solamente las cartas reiteradas de un primo lejano, instalado en la zona de Viñales, en Pinar del Río, desde hacía años, animándole a cruzar el océano y a probar otra vida diferente, más libre aunque con trabajo duro, más liberal

aunque peligrosa, le habían decidido a huir por ese lado, a dejar plantado a su amor, a abandonar una vida relativamente cómoda, aunque quizá también más aburrida.

Pero sólo aquel error, aquel grave desacierto, en el que no quería ni pensar, le impulsaba lejos, hacia otro país, hacia otro mundo. Aunque fuese para él un mundo equivocado.

El *Borinquén* zarpó una mañana con viento norte y niebla de verano, en tierra y en la costa. Amador, apoyado en el pretil de la cubierta en que estaba el camarote para cuatro en que dormiría, inspiró el aire profundamente, intentando serenarse; procurando creer que el viaje no sería de muchos años, que podría volver con relativa seguridad al pasar un tiempo.

El barco se balanceaba en la barra del puerto, avanzaba con lentitud, con un mareo suave que a Amador le parecía como de arrepentimiento, de marcha atrás. Sentía el aire frío en la cara, pero se adivinaba tras la niebla un cielo claro, un suave tono azul despejado.

Comenzó a escribir mentalmente una carta a Paz, pero no encontraba razonamientos válidos, no había disculpas fáciles para aquella acción. Menos aún tratándose de ella, que le había confiado su futuro sin temor, sin rastro de dudas, sin el menor resquicio. ¿Cómo explicar todo aquello? ¿Cómo hacerle comprender que huía porque no le quedaba más remedio, porque no existía ninguna otra posibilidad?

Miró entonces a sus compañeros de cubierta y vio algunos rostros desencajados.

A su espalda, contra un recoveco de la cubierta, una mujer joven, con dos niños de poca edad, lloraba amargamente abrazando al crío más pequeño, que escondía la cabeza en el cuello de su madre. El otro, de más edad, cogía con suavidad la mano de la madre, mirándola y conteniendo el llanto con un gesto de amargura.

A su lado, a escasos metros, una niña de 13 ó 14 años se abrazaba a una maleta amarrada con una cuerda. Llevaba colgado un bolso del brazo y en la mano estrujaba de vez en cuando una foto que sacaba del bolso y a la que miraba con cara ausente.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Amador

-Consolación – respondió ella mirando al suelo

-¿Y qué llevas en la mano?

-La foto de mi tío, que está en La Habana.

-¿Para qué? –le dijo Amador con cara de asombro

-Tengo que buscarle al llegar. Es que no lo conozco, no lo vi nunca. Así que tengo que reconocerle por la fotografía

Más allá, a unos metros, apoyados en el mismo pretil, un grupo de varones muy jóvenes, adolescentes casi, daban la espalda a la proa y al viento mirando la costa con tristeza. Hasta que uno de ellos, soltó una sonrisa, se giró frente a ellos de cara, dando un salto, y les soltó con alegría forzada y los brazos abiertos:

-¡Que nos vamos a Cuba, no a la guerra, ni al servicio militar! ¡Cambiad esa cara, recoño!

A su izquierda un matrimonio joven, parecía de recién casados, se cogían de la mano y miraban también hacia la costa. Estos tenían gestos de dulzura, quizá de esperanza, de ir en busca de una vida nueva. Aunque al poco se amargaba el rostro de ella y acababa escondiendo la cara entre las manos.

A lo largo de la cubierta se veían hombres solos, aislados, en su propio mundo. Dos de ellos, cerca el uno del otro, aún agitaban un pañuelo hacia la costa, aunque ya nadie podía verles.

Entonces el buque se adentró en un nuevo banco de niebla espesa y fría, como si el invierno hubiera recuperado la cubierta, pero comenzó enseñuida a desaparecer y la sustituyó una suave luz solar, tenue, acariciadora. Al poco, el sol lucía en una mañana veraniega espléndida, pero desde la cubierta ya no podía verse la costa por el banco de niebla que iba quedando atrás.

El sol alegró los rostros, pareció darles calor o nueva vida y despegarles para siempre de su tierra, que quedaba allá enterrada entre la niebla, con suaves matices de color blanco, verde y gris, flotando como otra nave enorme, sobre el negro inmenso del mar. Allí quedaban los amores de algunos, las miserias de muchos, las desgracias que se abandonaban, la suave premonición de una nostalgia nueva, nunca percibida, que nacería definitivamente al otro lado del océano.

En el camarote general de la cubierta inferior, la tercera, en la que dormirían toda la travesía quienes habían adquirido los pasajes más baratos, la mañana transcurría de un modo diferente. Se oían quejidos aislados, pero do-

minaba un silencio espeso, como de parálisis sobrevenida, de éxtasis unánime: rostros inexpresivos de hombres jóvenes, casi niños, con cuerpos exangües, como muertos en vida.

Aquellas gentes parecían un ejército infantil derrotado, en retirada, sin esperanza alguna, hacinados en un barco sin rumbo claro ni puerto conocido. Habían entrado allí por la fuerza de la miseria o la agonía familiar casi sin ser conscientes de ello o sin ni siquiera habérselo propuesto a sí mismos. Y en realidad estaban emprendiendo una vida nueva, con rumbo cierto aunque futuro ignorado y al que todos temían, pese a que parientes y amigos les esperarían en el puerto de destino.

Eran incapaces de creer que pudiera haber un mundo mejor que el miserable que la mayoría había dejado.

Los instalados ya en la Gran Antilla hacían llamamientos a sus vecinos, pero muchos no se dejaban convencer y sólo emigraban desde situaciones de porvenir casi imposible.

Desde 1898 los territorios de ultramar ya no eran colonia, y aunque pasadas, muchos temían aún nuevas guerras o levantamientos del *mambís*, o *mambises*, como les llamaban muchos.

Cuba está en expansión económica ¡Venid para acá! -decían los instalados para atraer a sus parientes y paisanos-.

También había familias de emigrantes con posibles, o con propiedades en el pueblo, que enviaban al mayor de sus hijos, con lo que ello conllevaba de abandono parcial de los cuidados de la tierra y del ganado, pero eran todavía capaces de contratar jornaleros hasta que, con el tiempo, los hermanos menores sustituyeran al primogénito. O éste les reclamara también hacia la emigración, lo que era también frecuente.

Semanas antes, Amador había tenido que hacer provisión monetaria, la necesaria para el transporte a puerto, los papeleos del embarque, pasaporte, ropa, efectos personales y efectivo para las primeras semanas en Cuba.

La llegada allí tenía, según contaban, un hálito de incertidumbre. Se daban en ella un conjunto de circunstancias que la hacían impredecible, a veces inhóspita, y casi siempre con resultados inesperados.

Nada más arribar surgían los primeros desengaños motivados por las falsas promesas. Porque la mayoría esperaba encontrar en el puerto de La

Habana a todos sus familiares y conocidos, esperándoles como agua de mayo y con los brazos abiertos.

Pero eso pocas veces sucedía. La mayoría de las veces, cuando atracaban los barcos que venían de España no había conocidos de los embarcados en el puerto, más que nada porque no sabían con exactitud el día o la hora de la llegada del barco en que vendría su pariente o conocido. O porque les importaba poco quiénes o cuándo fueran por fin a llegar.

Sin saberlo, sin imaginárselo, todo el pasaje se asomaba a la bahía de La Habana nada más intuirse la costa, antes de divisarse incluso la ciudad o el Castillo del Morro y luego, cruzando la cubierta de babor a estribor, anhelantes, oteaban a ambos lados, sobre los dos brazos de tierra.

Cuando finalmente se llegaba al propio Puerto de La Habana, y después de muchas maniobras de atraque, sólo alcanzaban a ver alrededor del buque el movimiento normal de estibadores y obreros portuarios, carros y vehículos de carga, grupos de personas ajenas en su mayoría al barco, al que amarraban los marineros con sogas enormes entre estremecimientos y crujidos de sus cubiertas.

Al abandonar la nave, con la impedimenta a cuestras y el esfuerzo correspondiente, a todos se les adhería el olor del puerto y la humedad y el calor inconfundibles. Y la luz cegadora del Caribe, de la isla de Cuba, hermosa y brillante, deslumbradora.

Tocar tierra era un acto al mismo tiempo deseado y trágico. Deseado por las semanas de a bordo, con mala mar y una alimentación desconocida o lamentable. Trágico por el desasosiego, el previsible abandono, la ignorancia de un mundo nuevo y el destierro, algo así como si la isla les dijera de bienvenida:

-Ahí estás y tú mismo te las compongas, hermano.

Había habido falsas ilusiones de recibimientos amigables y hasta multitudinarios, pero la realidad era bien distinta. Era una cruda realidad: allí no había ido casi nadie a recibir a nadie.

A los que no tenían familia en Cuba, o no iban con un trabajo apalabrado, los cruzaban en una barcaza deslavazada, desde el muelle de atraque del barco al otro lado de la bahía de La Habana, e ingresaban en Tricornia: originalmente un campamento creado en la isla durante la intervención militar

norteamericana para controlar el estado higiénico o sanitario de los inmigrantes, esencialmente españoles.

Decían entonces que Tricornia había sido construida a semejanza de *Ellis Island*, en Nueva York, un centro aséptico y modelo por el que el conjunto de la emigración a Norteamérica debía de pasar obligadamente con el fin de evitar la importación de enfermedades infecciosas o parasitarias de origen desconocido.

Pero no era así. Lo que empezó siendo un remedo de colonia pensada para evitar la entrada de enfermedades europeas en el continente, con el paso del tiempo, se había convertido en un gran poblado de miseria, en el que no sólo ingresaban los supuestos enfermos, sino también los aparentes, los que no tenían el aval de una casa regional, los que carecían de dinero en efectivo o, simplemente, los sospechosos.

De entre todos ellos, muchos de los que entraban sanos, enfermaban, y los enfermos fallecían. Tal era la atención sanitaria que se dispensaba.

Algunos llegaban sin fondos, sin amigos ni apoyo de nadie, con una mano detrás y otra delante, dejando en España alguna tragedia personal, una familia empobrecida que vierte en ellos todas sus esperanzas o una muerte íntima que hace huir lo más lejos posible para olvidarla. Esos, o se hacinaban en pabellones descompuestos donde malvivían durante meses hasta que encontraban una salida, una gatera por donde escapar de allí y de la enfermedad, o les deportaban de vuelta a su país, al que regresaban agotados y vencidos.

Las pobres jóvenes aldeanas de la inmigración, sin posibles, terminaban cayendo allí en las manos de los chulos que merodeaban Tricornia en busca de carne fresca, y engrosaban entonces un negocio de meretrices de piel blanca que florecía en la isla aquellos años de principios de siglo.

De Tricornia casi nunca había noticias, nada se sabía de lo que pasaba allí, nadie quería saber nada porque nadie quería cruzar nunca al otro lado si ya se estaba en La Habana. Y los que, después de un tiempo, conseguían ingresar en la ciudad, callaban para no reconocer que habían estado en el otro lado.

Las autoridades sanitarias de la isla, parecían administrar la colonia con modernos criterios higienistas, pero, en realidad, Tricornia estaba en manos de un grupo que había conseguido imponer un sistema de poder casi sin limitaciones, e independiente de la autoridad estatal, la cual dictaba las normas